

faz y preten-
sion de Sono-
ra.

nifaz, sugeto de gran prudencia y religiosidad. Se ocupó cerca de veinte años en el ejercicio de las misiones, de donde le sacó la obediencia para el gobierno de los colegiales. Hemos ya referido los grandes ejemplos de moderacion que dió en la vez primera que tuvo el oficio de provincial. No fueron menores los de prudencia y mansedumbre cristiana que dió en el segundo, en que comenzaban ya los sordos movimientos de aquella borrasca que habia de agitar tan violentamente á toda la provincia. La singular dulzura del padre Luis de Bonifaz, impidió que prorrumiera con estruendo en su tiempo; pero viendo que al fin no podia enteramente prevenirlo todo, ni remediar las cosas con su presencia, se partió á la visita de los colegios. A pocas dias de llegado á Valladolid, acometido de un violento dolor y oprimido del peso de tantos cuidados, pasó de esta vida el 3 de febrero de 1644. Otros ponen su muerte el dia 16 de marzo. El padre Francisco Calderon, que le sucedió en el cargo, era hombre poco á propósito para las presentes circunstancias, aunque en otras hubiera sido muy apreciable su conducta. Era de un genio vivo y ardiente, y que atento siempre á la justicia de sus fines y rectitud de intencion en lo que hacia, no atendia tanto á la conducencia y proporcion de los medios. Es verdad que á la variedad de asuntos importantes que ocuparon el tiempo de su gobierno, apénas daban lugar para tomar justamente las medidas. Por una parte el gobernador de la Sonora D. Pedro Perea perseveraba en su antigua pretension de introducir ministros de otras religiones en aquella provincia, principalmente en el valle de Cumupas, en que el padre visitador Pedro Pantoja habia puesto al padre Egidio de Montefrio, y de que el mismo capitán diez años antes habia dado posesion al padre Tomás Basilio. En consecuencia de este designio llevó consigo á Vanamitzi cuatro ó cinco religiosos. El padre visitador, informado de esta novedad, escribió luego á dicho capitán y al superior de aquellos padres, y pasó inmediatamente á la visita de dicho pueblo en que el gobernador tenia su casa y familia. A los religiosos á quienes el capitán llevaba engañados, y que con un santo celo y recta intencion, solo eran guiados del deseo de la salvacion de las almas, fué facil desengañarlos; no así el capitán, que ofendido de los requerimientos que en toda forma le hizo el visitador, prorumpió en amargas quejas contra los de la Compañía. De todo se dió cuenta al Exmo. Sr. conde de Salvatierra y al padre provincial Francisco Calderon, enviando para este efecto á México al padre Gerónimo de la Canal, antiguo misionero del valle de Sonora.

Miéntas se tomaban de parte de la Compañía estas justas providencias, el capitán D. Pedro Perea mortificado de no haber podido ejecutar sus primeros proyectos, y pretendiendo complacer á aquellos religiosos que habia empeñado en su seguimiento, puso los ojos en los Hymeris, nacion situada en los varios valles que forma la Sierra Madre entre Occidente y Norte del valle de Sonora. Dispuso desde luego su marcha llevando consigo los mismos ministros y muchos otros seculares. Este aparato nunca visto en su pais espantó á los Hymeris, pueblos gentiles aun. Corrieron luego á las armas y ocuparon los pasos angostos de los montes por donde se podia entrar en sus tierras. El capitán, que no se hallaba con tropas ni provisiones suficientes para resistir á tanta multitud de bárbaros, se vió precisado á retroceder con tanta prisa y susto, que añadida la mortificacion en un genio pundonoroso y altivo, lo derribó en la cama con una grave enfermedad. Se hizo conducir á Vanamitzi, donde fué forzoso dentro de pocos dias administrarle los Santos Sacramentos, asistiéndole constantemente en todo el tiempo de su enfermedad el padre visitador y los demás que allí se hallaban, con una caridad que no pudo dejar de reconocer, y por lo que se vió obligado á mandar á su muger Doña María de Ibarra, que públicamente en la iglesia diese á los padres las debidas gracias. Sin embargo, á fines de setiembre, hallándose ya enteramente convallecido, ó pareciéndole que lo estaba, determinó pasar á Toapa, donde tenia citada una junta para la ejecucion de sus designios. Partió efectivamente; pero agravándosele con la agitacion del camino su antigua enfermedad, de que aun estaba mal sano, espiró dentro de pocos dias á los 4 de octubre. Deseó mucho en esta última enfermedad verse con el padre visitador Pedro Pantoja, y en efecto lo mandó llamar. Por mucha prisa que se dió el padre llegó á tiempo que aunque conocia y daba muestras de entender, habia ya perdido enteramente el uso de la habla. El padre procuró pagarle con todos los oficios de caridad posible su antigua aversion para con la Compañía asistiéndolo hasta el último suspiro.

No contento con eso continuó despues lo mismo con su viuda Doña María de Ibarra, á quien suplicó le diese licencia para llevar el cadáver al pueblo de Acantzi como lo ejecutó con el mayor acompañamiento y pompa que permitia el pais. El mismo padre visitador cantó la misa é hizo el entierro, dándole sepultura en una capilla al lado derecho del evangelio. Poco tiempo despues llegó el padre Geróni-

Resistencia de
los hymeris y
enfermedad y
muerte del go-
bernador.

mo de la Canal, trayendo favorable sentencia del real acuerdo. Llevaba cometida la residencia del difunto D. Juan de Peralta, gobernador de Sinaloa, con apretadas órdenes para que D. Pedro Perea dejase el mando luego, y tomada dicha residencia saliese de toda la provincia de Nueva-Andalucía. A los religiosos que hasta entónces se habian detenido en Babispe con esperanzas de entrar en los himeris, se les notificó un auto de ruego y encargo para que dejasen luego la tierra y se restituyesen á sus antiguos puestos.

Alzamiento de los tobosos y su motivo.

Esto en Sonora. En los confines de Párras y provincia de tarau-
mares eran de mayor consecuencia las inquietudes de los naturales. Comenzaron estas por algunos génios revoltosos del pueblo de S. Francisco del Mesquital, doctrina de la familia seráfica. Estos, con la sujecion y santa disciplina, comenzaron á huirse del pueblo, prestando que no podian sufrir la dureza y malos tratos de aquellos religiosos. Fácilmente pasó el contagio de este á otros pueblos vecinos hasta el Tizonazo, cuyos naturales, que estaban á cargo de la Compañía, no dudaron poner en sus ministros las lenguas atrevidas. En efecto, llegó su atrevimiento á tanto, que persuadido el Illmo. Sr. D. Fr. Diego de Evia á que la opresión de los doctrineros era la causa de su abatimiento, intentó quitar á los regulares todas aquellas doctrinas, y aun llegó á hacer un violento despojo en el padre Juan de Zepeda, actual misionero de Tizonazo. Breve se descubrió que no la violencia de los franciscanos y los jesuitas, sino el amor de la libertad y sus fines particulares eran el verdadero motivo de su fuga. Comenzaron las hostilidades por los tobosos, gentes belicosas y bárbaras, y que servian como de asilo á todos los foragidos y mal contentos de aquellas provincias. Los robos y las muertes eran ordinarias no solo en los carros y españoles que encontraban en los caminos, pero aun en las poblaciones y en los reales de minas mas poblados. En los reales de Mapimi, del Parral y en S. Miguel de las Bocas se vivia en un continuo sobresalto, especialmente en las crecientes de las lunas, en que solian juntarse. Para reprimir estas correrías determinó D. Luis de Valdes, gobernador de la Nueva-Vizcaya, que saliesen del Parral tres compañías bajo la conducta del capitán Juan de Barafia, oficial que habia servido largo tiempo en el pais, y que juntaba á un grande valor el conocimiento del terreno y una grande esperiencia del genio y modo de pelear de los indios. A la frente de doseientos sesenta entre soldados é indios conocidos, entró dicho capitán hasta las últimas rancherías de los tobosos

cerca del rio grande del Norte. Hubo varios encuentros en que les mató muchos é hizo algunos prisioneros. Las rocas y picachos y la ligereza de sus pies valieron á los demás. Al mismo tiempo que el capitán Barasa los acometia, digámoslo así, dentro de sus mismas tricheras, un trozo de ellos cayó violentamente sobre las tierras de Indéé. Talaron los campos, lleváronse la mayor parte del ganado, y con muerte de algunos españoles dieron la vuelta á su pais con tan increíble velocidad, que en dos dias caminaron mas de setenta leguas. Esta prisa les fué en la ocasion bastante perniciosa, porque encontrándose con el trozo de españoles que volvia, no pudieron escusar el choque, en que perdido todo cuanto habian hurtado en Indéé, muertos y presos muchos de los suyos, el resto hubo de buscar abrigo en los montes y juntarse con el grueso de la nacion.

Esta junta fué muy dañosa para toda la provincia. Los tobosos, viéndose con poca gente y fuerzas para poder hacer frente á los españoles é indios aliados, determinaron traer á su partido á los cabezas, nacion numerosa y guerrera del partido de Tizonazo. El gobernador de Nueva-Vizcaya D. Luis Valdés habia por todos los medios procurado la paz y amistad de estos indios. Para este efecto, despues de muchos buenos oficios les habia enviado á D. Alvaro de Moranta, gobernador de Tizonazo, en compañía del padre Juan Zepeda, ministro del mismo pueblo. La negociacion fué tan feliz, que dentro de pocos dias bajaron mas de cuatrocientos acompañando á los enviados, y se presentaron al gobernador prometiendo reducirse á sitios cómodos, hacerse cristianos y ser fieles vasallos de S. M. Habiendo faltado poco despues del partido de Tizonazo el padre Juan de Zepeda, los cabezas se creyeron desobligados de sus antiguas promesas. No volvieron á dejarse ver en pueblo alguno de cristianos, y habiéndoles enviado segunda vez al capitán D. Alvaro para solicitarlos á la paz de vuelta de su pais, le dieron cruel muerte en el camino. Tales eran las disposiciones de los ánimos entre los cabezas cuando los tobosos pretendieron hacerles tomar parte en su alzamiento.

El éxito fué como podia prometerse de tales principios. Los cabezas, para prueba de la sinceridad con que entraban en sus intereses, les comunicaron sus antiguos resentimientos con los españoles, y cómo ellos habian dado la muerte al capitán D. Alvaro, secreto hasta entónces oculto. Contraida la alianza en toda forma, comenzaron luego á sentirse los efectos. El capitán Barasa se mantenía sobre las armas,

Confederacion de los cabezas y tobosos.

Informe del Sr. obispo de Puebla y Toluca, y de la Junta del Sr. D. Juan de Moronta, die Catorce.

y corria la tierra proveyendo por todas partes á la seguridad del comercio. ¿Pero qué providencias se podian tomar bastantemente eficaces contra tropas desbandadas de bandoleros que amanecian al dia siguiente á treinta ó cuarenta leguas del sitio donde habian hecho el daño? La primera accion de los confederados fué cargar sobre una tropa de carros que conducia Marcos Beltran escoltado de otros quince hombres. Los foragidos acometieron con tanta furia, que de ellos once dejaron muertos sobre el campo y á los cuatro llevaron prisioneros. El conductor, malamente herido, tuvo la fortuna de escapar de sus manos: cargados de despojos dieron vuelta á sus rancherías, donde por segunda vez resolvió acometerlos el capitan Barasa. Ya marchaba en su busca cuando recibió orden de volver con su tropa ácia otra parte. En marchas y contra marchas se le hizo gastar inútilmente el tiempo con deshonor del buen capitan y daño de toda la provincia, por informes de algunos émulos que finalmente lograron hacerle dejar las armas y retirarse á su presidio á los fines del año.

Informe del Sr. obispo de Puebla, y respuesta del padre Calderon.

Habia ya venido por este tiempo, impreso en España, el informe que de parte de la Santa Iglesia Catedral de la Puebla se habia presentado á S. M. y corria por todo el reino con no poco deshonor de la Compañía. Para remediar este daño, el padre Francisco Calderon imprimió una respuesta demostrando en ciertos puntos la falsedad de dicho informe, y volviendo por el honor de la provincia que tenia á su cargo; el cual, refutadas las débiles razones con que habian pretendido impugnarlo, se insertó despues en el memorial que se presentó á S. M. de parte de la Compañía, y corre impreso entre las manos de todos. *Esta que pareció justa defensa de la Compañía, dolió altamente al Illmo. Sr. obispo de la Puebla que creia ultrajada su dignidad y los derechos de su iglesia.* Ayudó en parte que á los 6 de julio de este mismo año, el Dr. D. Pedro Barrientos Lomelin, provisor y vicario general del cabildo sede vacante, juez en grado de apelacion en segunda instancia sobre el pleito de D. Fernando de la Serna, proveyó auto en que inhiibia al Dr. D. Juan de Merlo, provisor de la Puebla, que de modo alguno conociese procediese ni actuase en dicha causa. Esto era en tiempo de que el Illmo. D. Juan de Mañozca, electo arzobispo de México, habia ya tomado por su procurador el gobierno de la diócesis y cesado el del Illmo. D. Juan de Palafox.

A los 21 de marzo murió en el colegio de México el padre Mateo Castroverde, natural de la misma ciudad, célebre orador y de genio es-

traordinario para la poesia latina y castellana. Leyó teología mucho tiempo en los colegios de Puebla y México. Fué hombre de extraordinario recogimiento y abstraccion, que le hizo olvidar aun las calles de su patria. En este retiro halló tiempo para entregarse á Dios en largos ratos de oracion y para escribir muy útiles tratados, entre los cuales fué un piadoso y erudito comentario sobre los cantares, que no llegó á ver la luz. El colegio del Espíritu Santo perdió en el padre Diego de Herrera un antiguo y famoso operario que por mas de cincuenta años se empleó en la instruccion y ayuda de los indios, tanto en la ciudad como en los vecinos pueblos, para donde incesantemente lo solicitaban los beneficiados. Acabó su carrera á 10 de agosto con universal sentimiento de los naturales. Pocos meses despues falleció en México el padre Miguel Godines ó Wading, sugeto que en las humanas y divinas letras, en la prudencia para el gobierno, en el ejercicio de las misiones y en el magisterio y discrecion de espíritu, dió mucho lustre á la provincia. Despues de muchos años de misiones en Sinaloa, siendo prefecto de estudios mayores en el colegio máximo, escribió el admirable compendio de la *teología mística* que habia corrido con tanto aplauso, y que en nuestros dias el padre Ignacio la Reguera acaba de ilustrar con dos copiosos volúmenes. Este autor, al principio de su obra, recogió con la mayor diligencia cuantas noticias pudo haber á las manos del padre Miguel Godines, y escribe haber muerto el dia 12 de diciembre, no muy conforme en esto á los manuscritos de nuestra provincia que ponen su muerte el dia 18 del mismo. En su vida procuraremos valernos de las demás noticias del padre la Reguera y de otras que tenemos mas particulares.

El próximo enero de 1645 faltó al colegio máximo del Espíritu Santo, que actualmente gobernaba, y á toda la provincia, una grande lumbrera en el padre Andres Valencia, igual en todo género de literatura, á que añadido un religiosísimo tenor de vida, mereció á sí y á la provincia la estimacion de las primeras personas. El Illmo. Sr. D. Alonso de la Mota, justo reconocedor del mérito de los hombres literatos, lo pidió para el colegio del Espíritu Santo, y le encomendó la instruccion de su clero en las materias morales. Fundado el colegio de San Ildefonso, quiso que fuese el primer maestro de teología de aquellos estudios. El mismo aprecio hizo de su dictámen el Exmo. Sr. marqués de Villena. Tuvo por una alma favorecida del Señor noticia cierta de su próxima muerte á que se dispuso en el ejercicio de todas las virtu-

Muerte del P. Mateo Castroverde.

Muerte del P. Miguel Godines.

Muerte del P. Andres de Valencia.

des, y murió con tranquilidad el día 12 de enero, aunque la biblioteca mexicana, siguiendo el menologio del padre Juan Antonio de Oviedo, le señala el 11 de enero del año antecedente, no sabemos con qué fundamento.

Visita del P. Juan de Bueras y mision por el obispado de Puebla á petición del Sr. obispo.

En este mismo llegó de las islas Filipinas el padre Juan de Bueras, destinado visitador de la provincia de Nueva-España, y que concluida la visita debía entrar á gobernarla en calidad de provincial. Hallándose sin noticias algunas del país y de los colegios, tomó por compañero y secretario al padre Juan de Sangüesa, que había vuelto de Roma al colegio de Tepetzotlán. En las presentes circunstancias era el padre Juan de Bueras el hombre más á propósito del mundo para encomendarle el gobierno de la provincia. A su venerable ancianidad y consumada prudencia se allegaba una sinceridad de ánimo y una inocencia y suavidad de costumbres admirable, mucha instrucción en los menores ápices del instituto, mucho espíritu y frecuente trato con Dios en la oración. El padre visitador se dedicó desde luego enteramente á restablecer la paz y buena armonía con el Illmo. Sr. obispo de la Puebla. Su prudencia y el alto concepto que se había formado de su virtud, que traslucía en toda su conducta, fué bastante para que en poco ménos de un año, que obtuvo el oficio de visitador, calmase algun tanto la borrasca, y aun se concibiesen esperanzas de una perfecta tranquilidad. Pidió el Sr. obispo al padre visitador algunos misioneros que ejercitasen su santo ministerio por los pueblos mas remotos de su obispado. Señaláronse luego los padres Mateo de Urroz y Lorenzo Lopez, grande operario de indios, y de quien había mostrado siempre su S. S. Illma. particular estimación. El padre visitador representó al Illmo. al mismo tiempo cómo había prohibido á los misioneros que no predicasen y confesasen en los pueblos que poco ántes se habían quitado á los regulares de varios órdenes, por quitar, entre las familias religiosas este motivo de sentimiento, y que no pensasen que la Compañía de Jesus había tenido parte alguna en el despojo de las doctrinas, como algunos habían querido darles á entender, con el motivo de la mision que por orden de su señoría habían hecho en aquellos pueblos algunos años ántes. El Sr. obispo conoció todo el peso de esta razon, y condescendió gustosamente, admirando la prudencia y circunspección del padre visitador. Concedió á los dos operarios sus facultades todas para todos los casos que pudieran ofrecérseles en el fuero interior de las conciencias, y encargándoles singularmente la

instrucción de los negros de los ingenios, los hizo comenzar su jornada apostólica por el lado de Izúcar y tierra caliente.

Salieron de la Puebla el día 12 de julio, y comenzaron sus santos ministerios por el pueblo de S. Salvador el Verde. El cielo derramaba por todas partes tan abundantes bendiciones sobre sus trabajos, que el cura de Tepexuxuma, Dr. D. Eugenio Romero y muchos otros escribieron mil agradecimientos al Sr. obispo, reconociendo que el espíritu de Dios hablaba y obraba por medio de aquellos sus ministros. El padre Mateo de Urroz predicaba y confesaba á los españoles, y el padre Lorenzo Lopez á los indios. La poca salud del primero le hizo rendir muy en breve á la continua fatiga, y enfermó en la villa de Atlixco. El padre Lopez continuó solo la mision con tan copioso fruto y utilidad de los indios, que hubo pueblo en que arrebatados de su sencillo fervor, escribieron de común acuerdo al Sr. obispo para que el padre se encargase de su administración. En Teopantlán halló el misionero una de aquellas almas en que el Señor se agrada tal vez de mostrar las riquezas de su misericordia y la profundidad de sus juicios. Había enfermado una india de muchos años de edad y otros tantos de la mas execrable apostasia. Había sido bautizada, asistía á la misa y esplicacion de la doctrina, confesaba las cuasmas; pero en su corazón jamás había adorado al verdadero Dios, ni conocido á su hijo Jesucristo. Enseñada de sus infelices padres á la idolatría y al mas profundo disimulo, daba sus adoraciones á una pedruzuela que conservaba con el mayor respeto. Tocada piadosamente del Señor, por lo que veia de los otros de su nación del fervor y caridad del misionero, lo mandó llamar. Le declaró con sinceras lágrimas el infeliz estado de su alma, suplicándole la instruyese en los misterios principales de la fé cristiana. Hizolo el padre con el mayor esmero cuatro dias, que pudo detenerse en el pueblo, y dejándola consolada hubo de partirse á un ingenio vecino, conforme á la instrucción del Sr. obispo. A pocas horas de llegado vinieron á avisarle como aquella pobre estaba estreñamente acóngojada y desbosa de hablarle. El hombre infatigable al punto se puso en camino, aunque distaba cuatro leguas y eran las diez de la noche. Halló á la enferma muy afligida, con interiores sugestiones y aun exteriores apariciones del mal espíritu. Deciale que no hiciese aprecio de las doctrinas del padre: traíale razones muy fuertes para impugnar los misterios de la fé, que seguramente excedian la capacidad de la india. Alentada y satisfecha con las razones del ce-

loso ministro, y guarnecida con los últimos Sacramentos de la Iglesia, pareció entrar en una inalterable serenidad, y encendida en fervorosos actos de contrición y de confianza en Dios, le entregó el alma á las once del día siguiente. Alentado el padre Lorenzo Lopez con este suceso, prosiguió su apostólico ministerio con un nuevo fervor, tomando el camino ácia Orizava. Santificó de paso muchos ingenios y algunos pueblos.

De Orizava, donde se le juntó el padre Pedro de Orgaz, retrocedieron los misioneros ácia Maltrata, con noticia que tuvo el padre Pedro Lopez de alguna idolatría que habia aun entre los naturales de aquel pueblo. En sermones, en pláticas, en conversaciones privadas, comenzaron desde luego á combatir aquel gravísimo crimen. Favoreció el Señor su celo con pronto y feliz suceso. Dos indios de los mas ancianos y mas obstinados en su error, vinieron una noche á verse con los padres, y despues de muy largo coloquio, en que les propusieron muchas y muy groseras dudas, los llevaron á un arroyo cercano. Allí les mostraron un arbol grueso, en cuyo tronco tenian oculto un pequeño ídolo de figura humana, á quien de noche la mayor parte del pueblo iba á ofrecer sus cultos con copal, incienso y otras ceremonias supersticiosas. El padre les mandó sacar y quebrar en su presencia á aquel objeto de abominacion, á que obedecieron gustosamente, siguiéndoles todos los demas en el desengaño, como los habian seguido en la infidelidad. De allí pasaron á la villa de Córdoba, donde el padre Lorenzo Lopez recibió carta del Illmo. Sr. D. Juan de Palafox, en que le significaba que se alegraria que pasase al pueblo de Cozamaloapan, situado junto al rio de Alvarado, no muy léjos de la costa á predicar el día de la limpia Concepcion, en la dedicacion de un nuevo templo dedicado á este gloriosísimo misterio. Obedeció el padre prontamente y publicó el jubileo en aquel lugar, de que recogió un copiosísimo fruto que continuó en Tacotalpa, Alvarado, Talixcoya y Medellin. De aquí hubiera pasado á Veracruz, solo distante tres leguas, si en los últimos dias de diciembre no hubiera el padre Lopez recibido segunda carta del Illmo., que lo llamaba para que lo acompañase en la visita de su diócesis, que intentaba comenzar á principios del año siguiente, y en que tendrá lugar mas propio esta segunda expedicion.

Las que se hacian por este mismo tiempo al Norte de la América en la provincia de Tamaulipas eran de muy distinta naturaleza: quitado el mando al capitan Juan de Barasa, el único que habia por esperien-

cia y por valor capaz de sujetar á los alzados, y el único á quien ellos temian, se comenzaron á experimentar cada dia mayores estragos. Las dos naciones confederadas, tobosos y cabezas, como un torrente sin diques corrian la tierra, mataban y robaban impunemente en los caminos y los poblados, en las haciendas y en las minas. A los principios del año se habia dado el comando de las armas con el título de teniente de gobernador y capitan general, al maestro de campo D. Francisco Montañón de la Cueva. Se puso luego en campaña; pero con tal desprecio y atrevimiento de los indios, que en aquellos mismos dias acometieron sus haciendas, robaron todo el ganado, talaron los sembrados, pusieron fuego á las casas y dieron á conocer á todo el mundo su debilidad ó su ineptitud para aquel empleo. Con la impunidad de estos delitos y ninguna resistencia de los españoles, crecia cada dia mas el número de los alzados.

Por uno de los pocos indios que se pudieron haber á las manos, se supo que los salineros, mamites, julimes, conchos y colorados, se habian allegado al partido de los cabezas y tobosos. Nada se estrañó mas que la sublevacion de los conchos, nacion dócil y que hasta entonces habia sido la mas fiel á los españoles y la primera en defenderlos. No hallando motivos que pudiesen inducirlos al rompimiento, se les enviaron algunos que sondeasen sus ánimos; pero en breve se declararon de un modo que no dejó dudar de la disposicion en que se hallaban. En el pueblo de S. Francisco de Conchos, doctrina de la scráfica familia, la mañana del dia 25 de marzo estando para celebrar la fiesta de la Encarnacion los padres Fr. Félix Cigarán y Fr. Francisco Labado, sintieron una extraordinaria conmocion y algazara en el pueblo. Saliendo á las puertas vieron al cacique, por nombre D. José, que corria ácia la iglesia huyendo de una multitud de indios que le seguian armados de arcos, flechas y macanas. El cacique se entró por la iglesia; pero sus enemigos no se hallaban en ánimo de respetar aquel sagrado asilo, y ciegos de la cólera se entraron en aquel lugar santo. Los religiosos no pudieron disimular un atentado tan sacrilego, y procuraron impedirles la entrada con un celo que les costó á entrambos la vida. A las puntas de las flechas y golpes de las macanas acabaron felizmente, regando con su sangre la casa de Dios, cuyo celo los consumia. Entre tanto, otra porcion de ellos entró á las piezas interiores del convento, donde se habia refugiado el cacique D. José. Mientras unos pretenden forzar las puertas, otros mas atrévi-

dos pusieron fuego á los techos, entre cuyas llamas acabó el buen cacique. De aquí pasaron al pueblo de S. Pedro, doctrina tambien de religiosos franciscanos sobre el mismo rio de Conchos. Los moradores de este pueblo, ya de concierto con el grueso de la nacion, habian persuadido á su ministro que pidiese al padre Vigilio Maez, de la Compañía de Jesús, cuyo partido distaba solo seis leguas, una escolta de veinte ó treinta taramaues para la seguridad de su persona y del pueblo, si llegaban á invadirlo los alzados. Bajo este especioso pretesto se ocultaban designios perniciosísimos. Los intentos eran, según se supo despues, acabar con la vida de aquel religioso, y atribuir la muerte á los taramaues para incitar á los españoles contra esta nacion y obligarla á unirse con los demas alzados. La providencia del Señor dispuso que mientras el religioso franciscano fué á verse con el padre Vigilio Maez, acometieron los foragidos conchos las aldeas y haciendas vecinas á S. Pedro. Los naturales ya conocidos no aguardaron á que volviese su ministro ausente, y desampararon las casas, entregándolas á las llamas. El Tizonazo, único pueblo de aquellas siete naciones que estaba á cargo de la Compañía y en que estaba el padre Diego de Osorio, siguió bien presto la misma fortuna, como los de S. Bartolomé, S. Luis, Mascómahua y Atotonilco, que doctrinaban los padres franciscanos.

Con el motivo de estas hostilidades y la noticia que se tuvo de que por este mismo tiempo todos los indios conchos que se hallaban en el Parral y sus contornos habian desamparado, el padre Nicolás de Zepeda escribió al teniente de gobernador D. Francisco Montañó para que diese providencia correspondiente para la seguridad de los neófitos taramaues y de sus ministros, para si no mandarlos retirar á sus respectivos partidos conforme á lo que desde el año antecedente habia dispuesto el padre visitador Martin Suarez. Respondió el maestro de campo que para el dia siguiente de la fecha, que era el 26 de abril, remitiria quince soldados con un cabo para escolta de aquellos padres; sin embargo, habiendo esperado muchos dias el efecto de esta promesa, y creciendo cada instante mas el peligro, el padre Zepeda ejecutó las órdenes y mandó á todos los misioneros, cuyos partidos estaban en fronteras de alguna de las naciones confederadas, que se retirasen al real de S. Felipe, de Chihuahua. El padre Diego de Osorio que administraba el pueblo de Tizonazo, se retiró al real Indeo.

Hostilidades Los naturales de este partido, que eran los últimos que habían entra-

do en la liga de las siete naciones, recompensaron esta tardanza con de los de Tizonazo. mas frecuentes y mas crueles insultos. Eligieron uno que presidiese á toda la nacion, á quien obedecian como á rey. Era éste un indio bastante ladino y sagaz, que en memoria del ilustre jesuita que lo habia bautizado, se hacia llamar *Gerónimo de Moranta*. A otro llamado *Nicolás Baturi* [ó *pies de liebre*] dieron el oficio de capitán. A uno llamado *Hernandote* dieron el título de obispo. A su cuidado pertenecian las cosas de la religion, él les decia misa, remedando con ridículas é impuras ceremonias el adorable sacrificio, él los casaba y los descasaba á su voluntad. Partiéronse luego en tres trozos, llevando á todas partes el susto y la desolacion. Los unos acometieron el sitio de Ramos: otros fueron á Cuenca: otros á S. Pedro, pueblo cercano y de la jurisdiccion de Parras. Aquí, como en lugar ménos poblado, fué mayor el estrago. Despues de haber muerto á muchos y puesto fuego á las casas, entraron en la iglesia, quebraron, arrastraron y profanaron cuanto no podia serles de ninguna utilidad. La contingencia de haber ido á Parras el padre Diego del Castillo, que doctrinaba á aquel pueblo, lo libró de la muerte.

Los foragidos determinaron pasar á Parras, y habian ya emprendido el camino que hubieron de dejar avisados de sus espías, de la gente y armas que habia para resistirlos. En este camino cautivaron á una española y cuatro hijos suyos que presentaron al pérfido *Moranta*. Cuando estaban en su presencia refriendo con jactancia los robos y muertes que habian hecho, la buena muger no podia contener las lágrimas. Se trató en su junta de matarla; pero prevaleció la opinion de los que tuvieron á mayor gloria hacerla que les sirviese en los oficios mas groseros. No tuvieron la misma piedad con sus hijos: de tres varones quitaron á los dos la vida á los ojos de la infeliz madre, y al mas pequeño pocos dias despues. Lo mismo quisieron hacer con una hija; pero venciendo la lascivia á la inhumanidad, hubo de entregarse á uno de los principales caciques que la pretendia para sí, piedad mas cruel para hija y madre que la muerte que hubieran podido darles. Apartadas al dia siguiente, á la madre por nombre *Antonia Tremiño*, le quitaron el calzado y honestos vestidos que llevaba: cortáronle el pelo: hacíanse servir de ella en cortar leña, cargar agua y todo lo demas que acostumbraban hacer entre ellos las mugeres. El padre Nicolás de Zepeda, de quien tenemos una prolija relacion de este alzamiento, y que conocia á la muger dicha y á su marido *Antonio*.

Perez de Molina, asegura que á pocos dias de cautiverio y de trabajo, casi repentinamente *encaneció*. Despues de algunos meses de tan triste servidumbre y de haber mudado muchos amos, que por un capote ó un caballo la compraban, hubo de pasar á los tobosos, como un gage y prenda que asegurase la alianza entre las dos naciones, y estos cuando trataron de rendirse á los españoles y de restituirse á sus pueblos, quisieron quitarle la vida por no dejar un testigo de sus maldades; la que despues de haber padecido aun mas sensible ultrage, el mismo indio que la habia tan gravemente injuriado, la dejó en el campo, á media legua de la hacienda de D. Diego de Ontiveros, diciéndole que se fuese como se fué en efecto, donde aunque recibida con cristiana caridad, oprimida de la vergüenza y del dolor vivió algunos meses en amargo llanto.

Espedicion de D. Luis de Valdés al castigo de los alzados.

Entre tanto las naciones confederadas habian juntádose para determinar los modos de hacer la guerra y los puestos en que debian repararse para no carecer de alimentos, de que por su multitud empezaban ya á sentir alguna falta. En esta asamblea resolvieron acometer al valle del Espíritu Santo ó del *rio Florido*, y singularmente el pueblo de San Miguel de las Bocas, de que esperaban sacar mucho botin y llevarse al padre Nicolás de Zepeda, á quien conocian muy bien de seis años que habia administrado el pueblo del Tizonazo. En efecto, aquel valle era el mas poblado de haciendas abundantes en ganado y fecundas en grano, con que habrian podido mantener la guerra mucho tiempo. La providencia del gobernador D. Luis de Valdés cortó á tiempo todas estas medidas. Este prudente caballero dividió su gente en cuatro partes. En Atotonilco dejó al maestre de campo D. Francisco Treviño con órden de recibir en paz á los indios, que acaso perseguidos en otras partes viniesen á pedirla rendidos. Al capitan Cristóbal de Nevares envió por el lado de los conchos. Dió por otra parte órden al capitan Juan de Barasa para que prontamente viniese con toda la gente de su presidio á juntársele á pocas leguas del real de Cuencamé, donde él con la mayor parte de la gente debia salir á fines de agosto. Penetró hasta las salinas en busca de los foragidos, cuyos designios acerca de la entrada que pretendian hacer al *rio Florido* y pueblo de las Bocas, se entendieron por algunos espías. A pocos dias de marcha se halló el campo del gobernador á vista de la desordenada multitud de los bárbaros, que sobrecogidos de temor se recogieron á lo mas alto de un monte, desde donde gritaban confusamente pidiendo paz y enarbo-

lando bandera blanca. D. Luis Valdés, aun contra los votos de la mayor parte de su consejo, determinó recibirlos al perdon, y en esta confianza bajó el cacique *Moranta* acompañado de los principales á jurar la obediencia y acojerse á la clemencia del general. Este, para mayores muestras de la sinceridad con que los admitia, les dió el capotillo de campaña que llevaba, bien conocido por la cruz de Santiago de que era caballero. Un religioso franciscano les dió tambien su capilla, y pidiendo tres dias de tregua, volvió el *Moranta* á los suyos para asegurarles de las buenas intenciones del gobernador y atraerlos á la paz. En rehenes quedaron diez y ocho ó veinte caciques. Se conoció bien presto cuan poco se podia contar sobre la palabra del pérfido apóstata. Pasaron los tres dias y algo mas, que la benignidad del gobernador quiso esperarlos sin que pareciesen; y no pudiendo subsistir el ejército mas largo tiempo entre aquellas ásperas montañas sin bastimentos, determinó el general pasarse al cerro Gordo, donde era muy facil proveerse de lo necesario. El capitan Bartolomé de Acosta, que con quince soldados habia quedado de guarnicion en San Miguel de las Bocas, tuvo la fortuna de aprisionar una cuadrilla de veintiocho ó treinta personas con seis de las principales cabezas, á los cuales, como á los rehenes que habian quedado en el campo, averiguados gravísimos delitos, se les dió sentencia de muerte, disponiéndolos á morir cristianamente el padre Nicolás de Zepeda, su antiguo ministro, que habia mandado llamar el gobernador para ver si por su medio podia reducir á los foragidos, á cuyas tierras se disponia á hacer nueva entrada. Ellos, que no estaban ignorantes de los designios del general, de quien despues de la traicion antecedente no podian prometerse buen cuartel, se encaminaron á su teniente D. Francisco Montañó que habia quedado, como dijimos, en la frontera de Atotonilco. La parcialidad del cacique *Moranta* envió á este un indio jóven, de buena presencia, muy ladino y muy estimado entre ellos por su valor y sus ardidés, á quien llamaban *Dominguillo*. Este, despues de haber pretendido justificar en cuanto pudo la conducta de los suyos, pidió en nombre de todos ser admitido á la paz y buena gracia del gobernador; y añadió que la mayor prenda que podia dárselos de ser benignamente oídos, seria enviarles de parte del gobernador á un indio noble de su nacion, á quien ellos amaban tiernamente, y cuyos consejos les pesaba no haber seguido en la ocasion. Era este un indio de muy bellas costumbres, muy fiel á los españoles, y seguia entónces al maestre de cam-